

**Conclusión: La realidad llamada silencio.**

Está en el movimiento, está en la música, está en la luz. Está en todas partes. Está en nosotros y no nos hemos dado cuenta o en el mejor de los casos, aparentamos no darnos cuenta, que tal vez es peor. Nos empeñamos en discriminarlo, en hacer de cuenta que no está y que si está lo tenemos que superar. ¿Cómo podremos siquiera intentar superarlo si no lo conocemos? Malinterpretamos al silencio y eso puede ser, como ya expliqué, muy peligroso.

Se corre el riesgo de ser dominados por una visión utilitarista y convenenciera que no nos lleve sino a la paulatina pérdida de todo referente. Si se escoge el referente equivocado, lo que hagamos a partir de ahí va a carecer de bases sólidas. Se corre el riesgo de perder de vista uno de nuestros constitutivos. Se corre el riesgo de que nos olvidemos de nosotros mismos y nos concentremos en el otro, pero no con la idea de Levinas, sino con la idea de dominación y de aniquilamiento.

Hemos crecido con la idea de que lo que el hombre busca es el equilibrio. La palabra no nos va a llevar a tal cosa sino al

contrario. Esto porque nace como una necesidad de comunicación con el exterior y no hacia adentro, que es de donde se debería de empezar. Esa introspección la da el cambio de actitud con respecto al silencio. La duda genera confusión y desequilibrio. Para desenredar esas dudas necesitamos al menos intentar el más completo autoconocimiento. Y eso se logra a través de la apertura de canales de comunicación conmigo misma. El silencio es el que permite esa posibilidad. Y si no el silencio en sí, sí la comprensión del silencio. Entre menos dudas y lagunas existan en mí, menos problemas voy a tener al dar el paso hacia fuera, se dé este o no.

El silencio es entonces el esclarecedor. Pero también el legitimador de todo lo exterior, porque es la parte fuerte del apoyo en donde descansa mi realidad. Es lo que me permite acceder a su comprensión porque él es el que provoca el paso de potencia a acto de lo que me rodea.

Es el canal de comunicación por excelencia porque es lo más personal que conozco. Como lo dije al principio del texto, el silencio es el mínimo común denominador de lo que yo llamo mi cultura, y ésta no se desprende de mí sino del cruce entre mi personalidad y el silencio.

Pero creo que lo que más me gusta del silencio, es que cuando crees haberlo descubierto, te vuelve a sorprender y cuando crees que ya te pertenece es cuando menos tuyo es. Porque el silencio no permite posesiones. Nos finta y nos hace ilusionarnos porque seguimos creyendo que nuestra relación con él debe ser una relación de poder, como las que marca la sociedad.

Modifica nuestros códigos y nos obliga a cambiar de actitud. El silencio es finalmente la ventana, ese otro en el que se refleja nuestra condición humana.

Shakespeare engloba en una frase la realidad del silencio. Nos dice en Hamlet que más allá de nosotros, de nuestros laberintos y nuestras causas, **"todo lo demás es silencio"**.

